

IDEAS Y FIGURAS

Oficinas: SARMIENTO 2021

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO

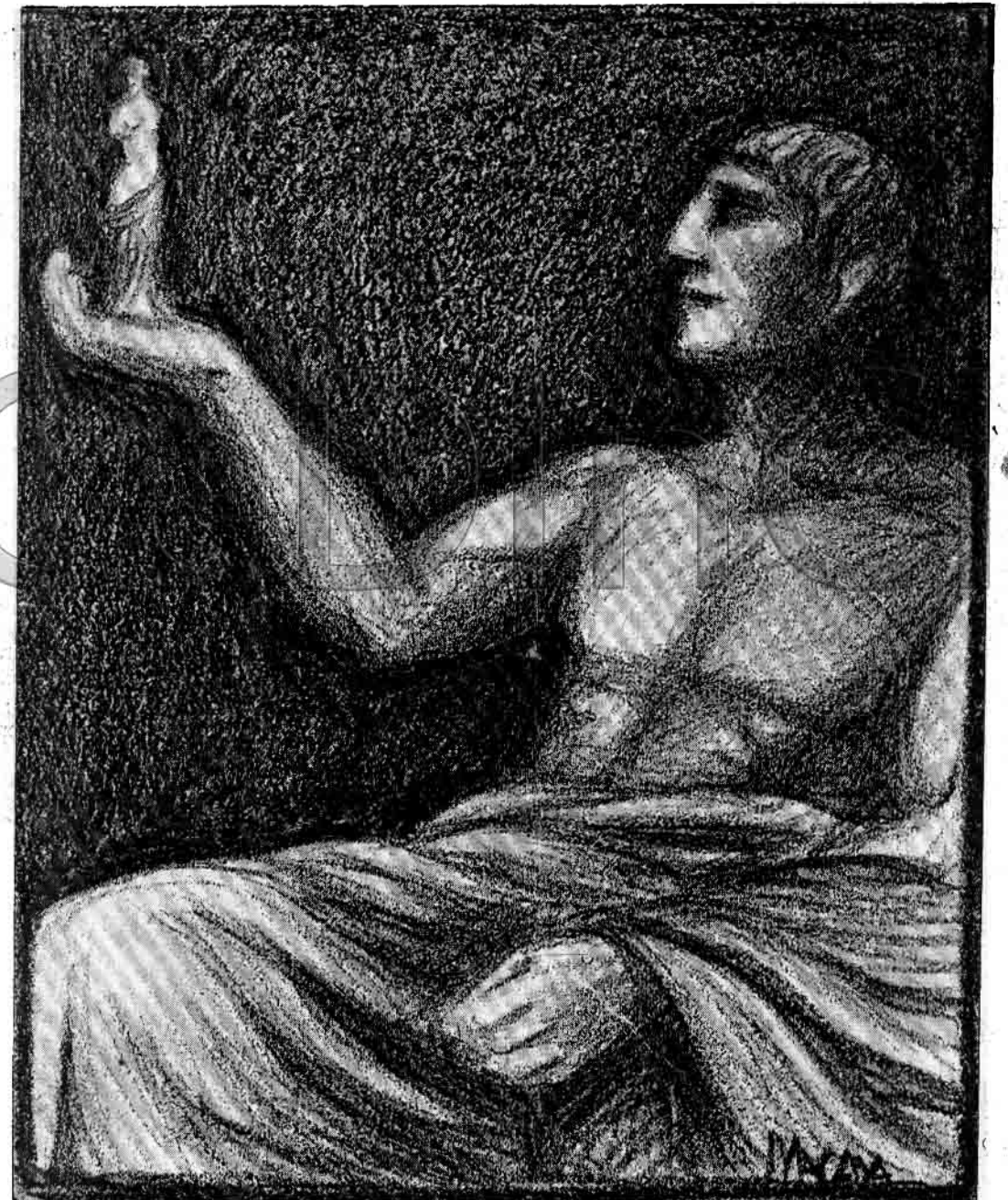
DIRECTOR

Año III

BUENOS AIRES, FEBRERO 2 DE 1912

Número 66

EL ARTE Y SU MISION SOCIAL EN AMERICA



por VICTOR DOMINGO SILVA

Campana de humanidad

LA VERDAD SOBRE LOS HECHOS DE CULLERA

(Conferencia de Emiliano Iglesias en la Casa del Pueblo de Barcelona)

Compañeros y amigos: El motivo de esta conferencia es dar á conocer la forma y el procedimiento de las causas originarias del delito que tanto ha llamado la atención pública, la manera como ha sido perseguido y sentenciado y los motivos que tiene la opinión, movida por piedad y por humanismo para pedir el indulto de los condenados.

En 17 de Septiembre último, con motivo de la persistencia de las huelgas vizcainas, en toda la península, se inició un movimiento de solidaridad, repercutiendo más intensamente en la región valenciana, concretándose la protesta en algunos pueblos como Ajicira, Sija y Carcagente, en el grito de abajo la guerra, y en Cullera, donde existía una Sociedad de Agricultores, inspirada por un muchacho de voluntad de hierro, José Crespo (Clavel), tuvo también repercusión el movimiento.

A las pocas horas de proclamado el estado de guerra en Valencia, ocurrieron los hechos de Cullera sin que se conociera aquél estado en la región hasta el día siguiente.

Cuando la protesta hace presa en los espíritus de la colectividad, levanta á los siervos, yergue á los humildes. La protesta no es producto de una individualidad, de una persona, sino que es producto de la colectividad que sedimentándose en el espíritu, determinan una rápida transformación en agentes de la libertad, del progreso, en hombres que se manumiten.

En estas condiciones, el juez de Sueca, señor López de Rueda, hombre de grandes energías, no puestas desgraciadamente al servicio de la alta causa que le estaba encomendada, tuvo la mala ocurrencia de cojer la tartana é irse á Cullera.

El distrito de Sueca es un distrito eminentemente liberal y republicano. Tiene gran parte de su población votante enclavada dentro de la misma Valencia y pueblos como Sueca, y Cullera, determinan la voluntad total del sufragio. A no ser por las «tupinadas» y por los atropellos puestos en juego por el caciquismo, los Gobiernos no hubieran podido sacar ningún candidato, de suerte que Sueca casi siempre daba un diputado republicano á las cortes.

En la última elección, el señor Perís Mencheta, amigo personal mio, hombre de gran valer y de envidiable posición conquistada, merced á su propio esfuerzo, que tiene una agencia telegráfica que puede ser oficiosa, hombre bien visto en Palacio, presentó su candidatura en

frente de la del republicano radical don Adolfo Beltrán.

A pesar de lo seguro que se consideraba el éxito para los radicales, el señor Beltrán fué derrotado, porque en favor del otro candidato se pusieron en juego toda clase de instrumentos, desde el poder gubernativo hasta el poder judicial.

El Juez señor López de Rueda, llegó al extremo de enviar recado á Cullera para que le llevaran detenidos á los hombres que más se distinguían en la propaganda de la candidatura del señor Beltrán y les detuvo casi todo el día, dejándoles en libertad cuando ya había pasado el escrutinio, cuando los agentes del caciquismo podían maniobrar á sus anchas. Y les dejó en libertad, riéndose de su hazaña.

Esto es un robo escandaloso, es una estafa á la soberanía popular.

No le bastaba al señor López de Rueda, haber contribuido á entronizar el caciquismo. Dedicose á moralizar el distrito. Deseconfiados de las autoridades que se meten á eso porque encubren otros fines! No pudiendo perseguir á los republicanos, como á tales, clausuró la Escuela Moderna de Cullera, metiendo en la cárcel á sus organizadores y profesores. Más tarde al verse el proceso en la Audiencia de Valencia, fueron absueltos los procesados y el Juez se ufana de haber previsto la absolución, pero que por anticipado ya les había metido en la cárcel.

¿Quién se ufana de haber encerrado á inocentes en una cárcel y no se sienta en el banquillo de los acusados, es el iniciador de la desmoralización social y exculpa los desmanes con la colectividad! (Ovación).

¿Qué clase de simpatías y respetos podía tener el Juez de Sueca ante la conciencia social de Cullera? Ninguna.

Era valiente. Todos los instrumentos del caciquismo lo han sido y á pesar de constarle la existencia de agitación obrera en Cullera, decidió ir á este pueblo. ¿Para qué? ¿Está encomendado al poder judicial la facultad de restablecer el orden en las calles? Es la fuerza pública, la autoridad gubernativa quien debe hacerlo, el Juez no ha de moverse de su despacho, examinando friamente los hechos.

La autoridad gubernativa es parcial contra los revoltosos, porque está encargada del mantenimiento del orden. En cambio la justicia les absuelve, porque considera que los revoltosos tienen siempre un fondo de renovación social. (Grandes aplausos).

(Continúa en la pág. 14.)

IDEAS Y FIGURAS

OFICINAS: SARMIENTO 2021

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

El arte y su misión social en América

Me siento á la mesa de trabajo, con el propósito de trazar unas cuantas líneas que sean la expresión de los sentimientos con que me alejo de mis amigos de Buenos Aires, después de casi un año de permanencia en la gran Capital de la América Latina.

Pero, apenas estampadas las primeras frases, advierto que sólo un milagro de concentración podría hacer caber en una simple carta de despedida la diversidad de pensamientos que me invaden ante la idea de partir. No son ya sólo las visiones sentimentales y vagas de la separación—visiones, que son como flores de encrucijada para el que morirá peregrino,—sino más bien la consideración de las explicaciones que debo á todos: á mis amigos, porque han sabido apreciar mi sinceridad; á los desconocidos, porque me interesa que sepan igualmente apreciarla.

Estas mismas explicaciones, no obstante, por ser demasiado personales, no entrañarían más que una importancia muy limitada, y mal haría yo en querer con ellas ocupar la atención de los lectores de esta revista.

Amplió pues el gesto, me desprendo de mi mismo, y voy á Vds., me dirijo al conjunto. Y si alguna vez vuelvo á mí é insisto sobre la primera persona, será porque así lo exige la relación de las ideas que he de ir exponiendo.

Pienso en mi partida de Chile, y creo que pocas veces se ha decidido un individuo á abandonar el campo de sus ocupaciones habituales, animado de un propósito más serio de trabajo. Y creo también, que pocas veces ha llegado á tierra extraña un individuo con menos prejuicios y mayor suma de sinceridad á observar la vida que se agita á su rededor. Sabía ya que tendría apenas el tiempo de mirar pasar, y de ahí que haya procurado, desde el primer momento, intensificar la visión, ahondar en el análisis y evitar en lo posible todo deslumbramiento y extravío. En mi país como en el vuestro, se va de extranjero por negocios, por placer ó por estudio: demás está decir que

los dos primeros objetos están descartados de mi programa. A estudiar, pues, he venido aquí, como iré mañana al Uruguay, al Brasil, á España, á donde quiera que me lleve la ráfaga de esta vida eternamente inquieta, y os puedo asegurar, que, otra cosa no he hecho desde que soy huésped vuestro. He estudiado uno á uno los fenómenos de la actividad argentina; he aprovechado de todos los beneficios de la cultura que este pueblo brinda á los que aquí viven y por aquí pasan; he asistido á sus cursos universitarios, he pulseado su prensa, he presenciado los debates de su parlamento; he concurrido á sus asambleas; he visitado sus teatros; he conocido todos los progresos de orden material de que esta ciudad rica y enorme tiene derecho á enorgullecerse. Gustos inherentes á la profesión, me han llevado naturalmente á estudiar su literatura, y fruto de esa dedicación fué el ensayo crítico de la poesía argentina de hoy, que publicó meses atrás, «Ideas y Figuras». Ni me dolieron, ni recuerdo ya los ataques que suscitó aquel rasgo de sinceridad de mi parte. Hace ya muchos años que aprendí á no dar importancia á la temeridad de los testimonios ajenos. Mientras redactaba aquel ensayo iba pensando sino habría de llegar á una síntesis demasiado pesimista: la opinión de algunos lectores, cuya rectitud me merece respeto, aumentó mi aprehensión; pero pasados algunos meses, vuelvo á hojearlo, y vuelvo á hojear los libros allí analizados, y no puedo menos de confirmarme en el juicio que dejé formulado. Me refiero á la síntesis, porque es probable que yendo al detalle, ya se producirían modificaciones y rectificaciones.

Hablando de vuestra poesía de hoy, dije y sostengo, que va por mal camino. En general, es toda vuestra literatura, la que extravía. Meses atrás, desde las columnas del diario en que sirvo, había dicho lo mismo á mis amigos y compañeros de Chile: el escándalo fué mayor, como es fácil suponer. Se me negaron títulos para hacer semejante declaración. Hasta se me acusó de falta de patriotismo. Porque el patriotismo, el patriotismo corriente ó chauvinismo, es igual en todas partes: la hipocresía es la base de todas las virtudes baratas.

Leed, mientras tanto, lo que escribí para mis compatriotas:

«No nacimos por generación espontánea. Por eso decía que no podríamos, aún cuando quisieramos, desentendernos de la solidaridad que nos ata á nuestra época y á nuestro medio social. Y he aquí, sin embargo, que no faltan quiénes culpen de su exotismo ó de su inacción al propio ambiente, al que no vacilan en calificar de pobre, rudimentario y primitivo. Creen ellos, no sólo que no queda nada que hacer, sino que no hay nada sobre qué escribir. Las literaturas extranjeras acaban por perturbarles y ya no advierten, en su aislamiento, que (bajo sus pies ó al lado suyo) va deslizándose un torrente, que es la vida. Tántalos ciegos, no beben, no porque no pueden, sino porque no ven el agua en que pudieran zambullirse. ¿Que no hay sobre qué escribir! ¿Que está agotada la fuente de las inspiraciones! Temeridades tan pueriles, como las que se escuchan en los labios, de un escolar. ¿Para qué está la historia? ¿Hay alguien que haya sabido aprovechar, salvo accidentalmente, ese inmenso mundo dormido entre las páginas históricas de Barros Arana, Medina ó Vicuña Mackenna? ¿No ofrece la vida de las pampas salitreras, de las minas, de los campos, de las colonias ó las islas, toda la vida de esta nacionalidad en formación, fenómenos que puedan dar motivos para trabajos de indudable valor artístico? ¿Quién ha recogido las tradiciones y las leyendas populares? Y tantas como hay ya perdidas! ¿Quién ha puesto el oído, pero verdaderamente, sin retórica, junto al corazón de la multitud, para ser el intérprete de su sentir y su soñar? De todo lo que Chile ha hecho para llegar á ser la República que es hoy, ¿no hay nada que puede aprovecharse? ¿Todo es ruín, todo vulgar, nada vale la pena? Ni en su etapa bárbara, ni en su etapa colonial, ni en su siglo republicano,—ni en su pasado ni en su presente,—tiene para nosotros nuestra vida, nada de interés? ¿Quién nos ha dado, sino en forma rudimentaria, el poema ó la novela, en que quede hecha la psicología individual, y social de la Colonia? ¿Quién ha escrito una página artística sobre las correrías de piratas y corsarios por nuestro litoral, en los siglos pasados? Una sola ciudad, La Serena, ha dado con sus tradiciones de antaño, tema para un grueso volumen. Hay, pues, en nuestro pasado, todo un magnífico tesoro, comparable para nosotros, al diamante de la fábula, encerrado en un guijarro del camino. ¡Feliz el el viajero que se dá tiempo y voluntad para sacarlo á luz! ¿Donde,—continúo preguntando,—puede hallarse la obra de autor chileno que nos hable de la epopeya minera del si-

glo XIX, que acabó por darnos el dominio de las provincias del extremo norte? ¿Qué sabe por nosotros la generación actual del las guerras de Pacificación de la Araucanía? La misma guerra del 79, ¿ha sido bastante explotada por literatos y poetas?

Y ¿quién ha consagrado una sola vigilia á cantar la vida de la frontera, la grandiosidad del esfuerzo civilizador de los extranjeros que transforman, casi fantásticamente, la montaña salvaje en risueños campos de trigo ó en bulliciosas ciudades industriales? Todo está virgen, todo inexplorado. Y no falta á todo eso uno solo de los elementos que hacen á una cosa digna de servir como motivo de inspiración: ni lo audaz, ni lo magnífico, ni lo ingenuo, ni lo tierno, ni lo trágico, ni lo característico, ni siquiera lo pintoresco. Hay allí materiales, no para un escritor ni para una generación, sino para el trabajo de muchas generaciones de escritores y de artistas.»

Es lo que repito ahora. Por que, con las diferencias propias de la disparidad de los ambientes, del fenómeno señalado allí se produce igual en la intelectualidad de todos los países americanos. La historia es vieja y repetida. Por eso, para muchísimas personas todo cuanto va dicho, ha de ser perogrullesco. Yo no quiero abogar por la novedad de esos conceptos ni mucho menos atribuirme la paternidad de ellos. Pero os ruego advertir que, mientras para unos se trata de verdades axiomáticas que estorba exponer y demostrar, para otros son observaciones y afirmaciones antojadizas y erróneas. Yo no repito tales conceptos como nuevos, sino como verdaderos. Y si los hago míos, es por que son la base de mi eterno alegato en pro de la misión social del arte, diré más bien, de la literatura americana.

¿Literatura americana? Pero si hemos quedado en que el arte no tiene patria, en que la belleza no reconoce fronteras!—me objetarán algunos. Y yo me apresuro á replicar que es verdad que el arte no tiene patria, pero que también es verdad que la tiene el artista. Y la patria del artista es, después de todo, la única digna de consideración, la única patria natural, cien veces más noble que la patria sangrienta del militar, que la patria embustera del político, ó que la patria cotizable del comerciante. La patria del artista, está por encima de todas y no tiene nada que ver con éstas: es su ambiente, la multitud en medio de la cual se agita, la naturaleza á que debe su personalidad como el árbol debe al suelo la savia con que echa hojas y florece. Alguien, creyendo ver en ello una antinomia, reprochó á Ghirardo, que, siendo anarquista, cantase al gaucho, tipo nacional, reproche injusto y ridículo, como sería ridículo é injusto censurar

á Gorki porque ha puesto en sus admirables cuentos la vida de los mujiks y de los vagabundos de la estepa.

A este respecto, ha dicho y en forma admirable el mismo Ghirardo en uno de sus estudios.

«Estudiar la vida de una familia, de un pueblo, de una nación; reflejar, con propiedad un ambiente social; poner de relieve los usos, las costumbres de una colectividad; fijar en las páginas de un libro el carácter de un prototipo ó echar, hacer vivir sobre la escena el tipo encarnador del alma de una raza, equivale á dedicarse entero á una tarea magna por su tamaño y por su hermosura, tarea digna de absorber todas las potencias de un ser imaginativo y pensante.

El niño de hoy, el escritor de mañana, surge en el seno de un grupo, adquiriendo conocimientos acerca de las modalidades que distinguen á sus componentes y va así acumulando detalles que formarán su inapreciable capital futuro. No lo dudéis: con ese capital, él forjará su obra, su obra de experiencia, su obra de amor, su obra fundamental y orientadora, su obra única, esa que ha de perdurar en el tiempo, porque será obra de verdad y de vida, es decir de poesía y de pensamiento.

He aquí como este internacionalista, este incorregible soñador de sueños humanitarios y fraternales,—locos sueños libertarios,—este demoleedor de fronteras políticas y barreras de Aduanas, afirma en arte un regionalismo que así, á priori, podría juzgarse como producto de una idea que fuera una aberración. No. Porque la eficacia de la obra de arte está, sencillamente, en el mayor grado de pasión que alcancemos á concebirla y en la mayor cantidad de fuerza que tomemos del ambiente para darle forma, expansividad y duración. ¿Qué cómo se fecunda esa pasión y se adquiere esa fuerza? Viviendo la vida de un pueblo, entrando en el espíritu de los hombres, agitando ideas y planteando problemas que interesen á la humanidad, haciendo, en fin, obra de proyecciones universales, aunque el punto de partida, sea, tenga que ser, la familia, el grupo, la región donde se ha amado y sufrido, el ambiente donde el escritor se ha formado, desde que lo nutrió el seno materno hasta que una pluma comenzó á escribir, con leche de esa misma madre, la primera de sus páginas siempre blanca de ternura».

Insisto, pues, en hablar de literatura americana. Somos un continente entero, la mitad del mundo, con nuestro clima, nuestra fauna, nuestra flora, nuestra raza, nuestras costumbres, y hasta con nuestros problemas peculiares. Justo es que tengamos nuestro arte y nuestra literatura. El balance crítico de nuestra producción intelectual del siglo XIX, ha sido

desastroso: políticamente ni dependientes de Europa; seguimos siendo sus tributarios, sus serviles tributarios en punto á cultura científica, artística y literaria. Contados son los libros americanos que alcanzan al cabo de año; la décima edición; pero nuestras ciudades siguen siendo el mejor mercado para abominaciones tales como las de las señoras Braemé—esa institutriz reblandecida,—ó de la señora Invernizzio—esa paciente explotadora de la baja sensibilidad. Y cuando se piensa que hay que traducirlos, á una del inglés y á la otra del italiano...

Es este un detalle curioso de observar. Tanto editores como libreros europeos, saben demasiado que tienen en este continente un consumo vasto, seguro y permanente. La industria del libro en España y Portugal no podría subsistir si no leyese los latino-americanos.

En traducciones ó en el idioma original conocemos copiosamente, la producción de todas las literaturas europeas, consagramos y favorecemos lo que consagra y favorece la crítica europea, que hoy nos impone un Sienkiewicz mediocre y mañana una Telma Lagerlöf,—esa distinguida solterona escandinava á quien Dios conserve el premio «Nobel» de la virtud doméstica. Todo lo leemos, todo lo devoramos y todo lo pagamos. No hay mediocridad peninsular que no encuentre editor, pues éste sabe que en América se recibe la mercadería á fardo cerrado y que por una Pardo Bazan y un Jacinto Benavente, incapaces de obrar con todo su talento el milagro de desasnar al vulgo, nos llegan por cada vapor, en ediciones económicas y de lujo, los libros de cincuenta imbéciles que reclama el mostrador. Pero el escritor de acá, no solo no consigue vivir del ejercicio de su profesión, sino que la impresión y circulación de sus obras, le cuesta á menudo sacrificios pecuniarios sin retribución posible.

Fenómeno tan singular, necesita estudio. Cuestión de tanta trascendencia, bien puede calificarse de conflicto, y como conflicto, requiere una solución. ¿Cuál es el origen de esa contradicción flagrante? ¿De qué proviene esa antinomia?

Escritores viejos y escritores jóvenes, hablan á menudo con pena y no sin desesperación de la falta de ambiente de nuestras ciudades para la producción literaria. Es verdad que duele escribir ó publicar libros destinados al más modesto de los usos: el envoltorio de muestras. Se trata, por lo demás de una cosa antigua. Del seno de todas las generaciones se han levantado las mismas quejas. El productor intelectual es, entre nosotros, el eterno incomprendido. Está colocado en un

plano tal, que no interesa á los de arriba ni á los de abajo. Y sus libros, á despecho suyo, no se venden, ni su nombre alcanza más allá del círculo de sus relaciones.

Causas:

1ª Analfabetismo promedial; cultura insuficiente y deficiente; población general reducida, y población letrada más reducida aún.

2ª Desvinculación intelectual entre todas las naciones americanas; falta de comunicación; aislamiento recíproco.

3ª Desorientación de la literatura; debilidad y flojez del producto; egoísmo y vanidad excesivas del productor; desarraigamiento de éste del medio á que pertenece.

La primera causa es más aparente que real, pues, como acabo de señalarlo, nuestra América es el mejor mercado para el libro europeo. ¿Qué se lee poco? Bueno. Pero se lee lo suficiente para que el ramo de librería sea uno de los que con mayores cantidades contribuya al comercio de importación en este continente. Ved las estadísticas comerciales, que suelen ser las más exactas. Ved los libros que introducen año á año el Brasil, el Uruguay, la Argentina, México, Cuba, Colombia, el Perú, Chile...

Me diréis — aprovechando mis propios argumentos — que en esos libros abundan las firmas de Braeme, de Ponson du Terrail, de Invernizio, de Ohnet, de Luis de Val, y demás industriales de la novelaría plebeya, lo cual acusaría la existencia de una cultura inferior, literaria. Pero, por eso digo que junto con eso viene mucho Taine, y Bourget, y D'Anunzio, y Eça de Queirós, y Valle Inclán, y Marquina, y Mantegazza, y Kipling, y Maeterlink, «et sic de ceteris».

Y cabe preguntar entonces: ¿Si se vende tan copiosamente el mal libro europeo, por qué no corre igual suerte el mal libro americano? En América hay miles de escritores que, en son de broca y sin el menor esfuerzo, harían libros mejores que cualquiera de los con que abarrotan nuestros mercados esos innobles folletínistas; pero esos libros no tendrían, seguramente, por cursis y plebeyescos que fuesen, mayor difusión.

La segunda causa, también es interesante de estudiar. No hay en América metrópoli intelectual: la metrópoli sigue estando al otro lado del Atlántico, en Francia ó en España. El libro que sale de allí, llega seguramente al último rincón de este continente: trae la etiqueta, el salvoconducto, y no se le resisten fronteras, aduanas, ni inspecciones de ninguna especie. En cambio, los libros publicados en las capitales de América, — salvo contadas excepciones que todos conocemos — apenas si circulan dentro del país, y por cortas que

sean sus ediciones, pasan años antes que se vean agotadas. Aquí, como en Santiago de Chile, y en México, y en Lima, y en Bogotá, y en la Habana, y en Río de Janeiro, los escritores saben más de España y de Francia, y de Portugal, y de Italia, y aún de Alemania, Rusia é Inglaterra, que del resto de América. Los nombres europeos nos son familiares, y los nombres americanos, absolutamente desconocidos. Sabemos de un Dario, de un Nervo, de un Gómez Carrillo: están en Europa y escriben desde Europa. De cada país americano no conocemos más que uno ó dos nombres. Y en cambio, de España sabemos hasta los de aquellos que están aún en los principios del arte.

Las dos causas anteriores explican perfectamente el fracaso del libro americano publicado en América (1). Pero ambas tienen una importancia menor, por ser más accidentales y fácilmente remediables, que la tercera causa, porque ésta se relaciona ya con la calidad del producto.

No quiero entrar á discutir si es ésta mejor ó peor que la del producto importado. Concedo que se equiparen. Admito que, salvadas las proporciones y dentro del justo medio, haya tanta médula en la producción indígena como en la que, original ó traducida, nos envían las naciones europeas. No podemos parangonarnos, no podemos entrar en competencia: sería ridículo: aquí los intelectuales, sabios, filósofos, escritores, poetas, artistas, se cuentan por docenas; allá por centenares. La mayor intensidad de la cultura produce corrientemente tipos mentales que entre nosotros no surgen sino como excepción. Pero, en fin, tomando en cuenta que la corriente exportadora de libros está dirigida allá por negociantes y no por intelectuales, y recordando que por cada Tolstoy se introducen y se venden aquí cincuenta ó cien Montepines, voy á imaginarme por un momento que la producción americana estuviese ya en condiciones de servir á su propio consumo. Quiero imaginármelo, para decir que ella tiene en su nacionalidad, una ventaja enorme sobre su congénere europea. Esta ventaja no la aprovechamos, y yo no sé por qué. Y he aquí cómo mientras al través de Gorky, de Ibsen, de Ricruson, de Kipling, de D'Anunzio, de Loti, de Eça de Queirós, de Lorrain, de Sienkiewikz mismo, creemos conocer el alma de razas y de paisajes que nos son ajenos, no sabemos nada de nuestra propia naturaleza americana. Seguimos siendo indígenas, es decir, seguimos dándoles á

(1) Un joven escritor argentino decía no ha mucho, que no subía de doscientos el número medio de ejemplares que se vende de cada libro editado en Buenos Aires. Salvadas las excepciones, yo creo lo mismo. El caso es deplorable, ciertamente.

los europeos el gusto de que nos descubran.

Acaso se me objete que el exotismo es y ha sido siempre un aliciente para el lector, que nuestra tendencia nos lleva inconscientemente á lo lejano y desconocido, á lo no familiar, porque hay en nosotros un horror natural á lo cotidiano y porque lo exótico es una forma de lo fantástico. El éxito de los autores citados, aparte todo su genio ó su talento, se debe entonces en gran parte á lo que tiene de exótico para nosotros su obra. Acepto la objeción, pero para devolverla con dos preguntas: Siendo la América tan vasta y tan varia, tan virgen aún, ¿no es completamente exótico para los habitantes de cada país lo que ocurre más allá de sus fronteras? Y si á nosotros nos interesan, por exóticos, el alma, y el paisaje, y el ambiente de los libros europeos ó asiáticos ¿por qué no esperar, del mismo modo, que nuestros libros les interesen á ellos por las mismas razones?

Los libreros nos imponen todos los exotismos del mundo. Los maestros nos presentan como único modelo la literatura europea. Los grandes diarios y las revistas pagan á precio de oro la colaboración europea. Los folletines son malas traducciones del francés, del ruso, del italiano, del inglés, del noruego, hasta del chino y del japonés. Y nosotros, con la pluma puesta ante las carillas immaculadas, no hacemos más que elegías en prosa y en versos para lamentar la falta de ambiente...

¡El ambiente! Si no existe, hay que crearlo. Si se pudiera importar en latas, como las conservas, ya se habría podido gestionar á su favor la intervención del Estado. Al fin el arte es una industria y la literatura una profesión... Pero si no lo forman con su trabajo los mismos productores, imposible saber de dónde podría salir. Escribiendo obras que á nadie interesen, no hay derecho á esperar que se forme. Charlando, murmurando, discutiendo, maldiciendo unos de otros, «alacreneando» vilmente por los cafés, teatros y redacciones, tampoco lo hay. Protestando, quejándose, jesticulando inútilmente, mucho menos. Y muchísimo menos desertando de las filas y entregándose á la inacción, para ir á engrosar las de la burocracia parasitaria ó de la emigración flotante que anda por los balnearios y cabarets de Europa dejando en brazos de las prostitutas el oro agropecuario, minero ó salitrero.

Aquí, como en Chile, he conocido una infinidad de jóvenes cuya única ocupación visible consiste en publicar por períodos irregulares un libro de versos, cuentos ó artículos de una calidad muy discutible y en general «desambientados», esto es, extraños al ambiente en que han nacido. Es todo lo que hacen. Víctima

de esos exotismos que en América padece todo el mundo, como acabamos de ver, el literato se da también á imitar y, es claro, queda con frecuencia á cien leguas de sus fuentes de inspiración. Sin personalidad — iba á decir sin dignidad — se deja llevar por la sugestión del último autor leído, se deslumbra ante los elogios que de ese autor hace, una crítica amenudo interesada ó amiga, y entra con pie falso en el campo de las lides intelectuales, con la visión perturbada y totalmente desamorado de las cosas de su naturaleza, soñando, ora con castillos y princesas medioevales, ora con musmés, gheisas que no han visto nunca, ó con fiords noruegos y estepas rusas y lagunas venecianas, ó con cármenes andaluces y alcázares moros, y «tutti i cuanti». Esto mirado como vicio, es servilismo, mirado como enfermedad, tiene otro nombre, y entra en los dominios de la patología mental.

De todos modos, revela inferioridad, subalternismo, debilidad.

Lo curioso es que sean estos jóvenes — generalmente no se envejece en este error, porque el fracaso viene antes — los que más se quejan de la falta de ambiente, de la indiferencia ó desapego del público por las cosas del espíritu. Yo no he visto buena fe más extraordinaria, ilusión más completa y candorosa. Escriben cuatro renglones, rimados ó no, y ya creen tener derecho á entablar acusación de sordidez y de fariseísmo contra sus conciudadanos porque semejante literatura no les interesa ni les hace felices.

Tal manera de hacer literatura (literatura de urraca que amontona en su nido dijes cuyo valor desconoce), colocan á aquélla á la altura de una manía ó afición cualquiera, inofensiva y moral tal vez, pero sin título ninguno á la consideración del resto de los hombres: pongo por caso, la filatelia. Coleccionar estampillas es una tarea que encanta á los que la practican; pero, al menos que yo sepa, á ningún filatélico se le ha ocurrido protestar contra la falta de ambiente. Con profunda pena he visto, en el curso de mi permanencia aquí, aparecer cuatro ó cinco libros de autores locales: todo el ruido producido por ellos es el minúsculo de la sección bibliográfica de los diarios y de tal cual otro artículo, generalmente laudatorio de algún amigo. Hay injusticia indudablemente en este silencio, que, como toda injusticia, es doloroso. Pero yo, lamentándolo, me lo explico: primero por las preocupaciones de orden material, que son el todo de esta vida y que hacen á un bello libro semejar al canto de un pájaro en medio del tumulto de una selva en tempestad; y luego, por que esos libros en su gran mayoría, sobre

estar muy lejos de obras maestras, adolecen de un personalismo enojoso, de un «yoísmo» que podrá ser muy subjetivo, pero que no dice nada al alma del ambiente, en donde vibran y flotan demasiadas inquietudes para que nos haga volver un instante la cabeza el grito lírico ó el gesto soñador de uno de tantos.

Ah! por eso decía que está en esto, el divorcio existente entre el escritor y su medio, la principal de las causas de nuestra estagnación literaria, uno de cuyos síntomas más decisivos es el fracaso del libro indígena ó nacional. El escritor que siempre sólo en medio de la multitud, se proclama incomprendido, está en el caso de un extranjero que, al llegar á tierra extraña, quisiese ser entendido por todos en su propia lengua. Debemos empezar por hablar de tales cosas y en forma tal que ese gran corazón que se llama pueblo, pueda sentirse sacudido con nuestro lenguaje. Colocados, como se ha visto, en condiciones desventajosas respecto de la literatura europea, que sigue siendo matriz de la americana; combatidos aquí mismo por la ausencia del internacionalismo intelectual, por la dificultad de las comunicaciones ultrafronterizas; no nos queda sino ejercer una acción directa sobre la sociedad misma si queremos invertir los términos de la situación y entrar á ser lo que son y han sido siempre en todas partes los escritores: la más alta expresión de la intelectualidad de un país, el más puro exponente de la cultura de una generación, el sumum de las ideas y de los valores morales que han agitado las cabezas en un momento histórico determinado.

No hay ambiente. Pero ¿hacemos algo para crearlo? ¿Es digno de la vida de un hombre; de la vida de un americano—consagrarse, como por vía de entretenimiento cenobítico, á lanzar á la calle, de vez en cuando, un libro en que se cantan penas á veces imaginarias ó se estampan lugares comunes acerca de cualquier asunto? ¿Tiene derecho, el llamado intelectual, á esperar que haya para sus voces la acústica social suficiente, el calor de simpatía humana necesario á la obra del pensamiento, cuando él es el primero en descentrarse, en desorbitarse, en venir con su medio ambiente é irse,—como dicen, con más espíritu de rutina que amor de novedad—á su torre de marfil? ¿Qué prurito, sino el de una vanidad monstruosa, es el que lleva á ese intelectual á escribir en su rincón huronesco, un libro cualquiera, y hacerlo imprimir primorosamente, á sabiendas de que nadie va á comprarlo, á sabiendas de que ni siquiera van á leerlo los amigos á quienes se lo dedique con autógrafos incensatorios?

Decididamente se trata de una simulación, de un juego de disfraces, ridículo y muy poco honrado. El que sea capaz de un rasgo, de sinceridad convendrá conmigo en que tienen perfecta razón los que ni leen ni los compran y á quienes tildamos — también á la siga de otros que lo dijeron antes que nosotros — de burgueses, de filisteos ó de Messieurs Prudhomme.

Es tiempo ya, pues, que se dejen de mano esas importaciones y se realicen esfuerzos más honrados y más viriles hacia la acción fecunda que corresponde á todo intelectual que quiera merecer este nombre. Es tiempo ya de encarar la cuestión con franqueza y sin contemplaciones para con la vanidad personal ó colectiva. Confesemos sin rubor que hasta ahora nuestra literatura ha adolecido de inferioridad con relación á la que nos llega del extranjero: hablo en términos generales, pues las excepciones, como siempre, no son sino argumentos afirmativos. Confesemos también que hemos vivido siempre de prestado, y que nunca hemos sido capaces de revelarnos contra esta condición servil, ni, extraviados por modas que nos deslumbran como á los salvajes los abalorios de vidrio, de crear una literatura que se atraiga hacia sí, por propia virtud, las preferencias del público. Es ley natural que la imitación sea inferior al modelo: ¿cómo entonces pretender que el público prefiera nuestra literatura, que no es más que un reflejo de todos los que la crítica europea nos ha enseñado á considerar maestros? Si yo puedo obtener el original, ¿cómo he de contentarme con la copia? El producto legítimo tiene, dentro y fuera del comercio, todo el privilegio sobre el adulterado.

A través de España, Francia nos envió su romanticismo. Y fuimos románticos, á la criolla, es verdad, pero también hasta la médula. Fuimos románticos hasta 1885, en que empezamos á ser modernistas, es decir, cuando en Francia hacía treinta años ó más que el romanticismo había entrado en su crepúsculo. Hace veinte años que hemos sido de todo un poco: naturalistas, simbolistas, decadentistas, satanistas, parnasianos. Hemos perdido el tiempo en estas cosas, discutiendo escolástica literaria como los teólogos de otra época fundaban concilios para dilucidar tonterías, en circunstancias que ya todas esas palabras habían pasado al panteón. «El arte por el arte!» Esta voz venía de Francia, de la capital del mundo, y había que seguirla. La fórmula, por lo demás, era tentadora: halagaba nuestro egoísmo congénito, respondía á nuestra incurable pereza criolla, sensible sólo á la causticidad de las chirigotas ó al aguamiel de los ditirambos, y fué cosa rápida y

sencilla adoptar la postura olímpica de superhombres incomprendidos, que es tan corriente en nuestra vida literaria. Hasta en esto se ha optado por lo más fácil y más conforme, en consecuencia, con nuestros hábitos abrílicos que, en el sentir de muchos, son parte de la herencia de nuestros ascendientes étnicos.

Y allí se alzan, frente á frente, desafiándose perpetuamente sin llegar jamás á ningún avenimiento, los dos términos del formidable problema: de un lado el individuo intelectual, más ó menos aislado, más ó menos agrupado, con sus sueños egoístas y sus fantasías ultra violetas; del otro la naturaleza, llena de fuerzas vírgenes y oscuras, y en ella la multitud humana, más ó menos organizada, más ó menos anárquica, con todos los fenómenos á que dan lugar los males existentes y su eterna aspiración al bien. ¿De un lado el soñador estático que se contempla el ombligo, del otro la vida que pasa, arrolladora, múltiple, adorable y mísera, inaccesible, con toda su carga de injusticias y de dolores que claman al cielo, y á cuyo grito nuestro corazón permanece hermético como si lo hubiese petrificado un sortilegio! Queremos que la multitud, arrastrada por la vida en una vorágine incansante, ciegos los unos en la conquista del dinero, sordos los otros en el disfrute de los gozos mundanos, invalidados los más en su oscuro y perpétuo combate por el pan, se detenga á escuchar nuestros cantos de trovador y á observar nuestros gestos de juglar. Y porque no nos oyen ni nos ven, los acusamos, los vejamos, los escarnecemos. Nos declaramos montañas y á ellos los convertimos en guijarros: para todo da la ilusión: también el niño, cuando quiere, se cree emperador y general, no importa que su corona sea un gorro viejo y su corcel de guerra una miserable escoba. Con la pluma en la mano, somos como ese niño. ¡Ah mundo imbécil! Ah tropa de asnos! Ah, piara de cerdos que hozan las margaritas y los lirios para saborear basura!

Hablamos de Ideal. Pero ese ideal es tan vago, tan incoloro, tan amorfo, que bien puede decirse que no existe. ¿Cuál es el ideal de esa juventud opalescente que se ostrifica ante la mesa de los cafés, ó que, como el caracol que lleva áuestas la casa, anda por allí convertida en una biblioteca ambulante, feliz de una erudición inútil, é incapaz de un esfuerzo que vaya más allá de la camaradería literaria? ¿Se da cuenta siquiera esa juventud de que se debe al pasado tanto como al porvenir? ¿Sabe hasta qué punto es preciosa la herencia intelectual de sus mayores y cuán vasta y grave es la responsabilidad con que

se nace por el solo hecho de haberse nacido escritor americano?

Viejo es aquello de que nos debemos á nuestro ambiente, á nuestra época, á nuestra raza; pero para nadie es tan cierto y axiomático como para el escritor americano. Somos un pueblo en formación; hasta nos enorgullecemos de nuestra juventud; nos complacemos de ser, en el mundo, los últimos nacidos; pero ¿esto ¿no obliga á nada? ¿de quién sino de nosotros se ha de esperar la mayor y más amplia y más enérgica y más inteligente colaboración en la tarea común del progreso?

«El arte por el arte!» decimos, y este grito de acá, repetido de frontera en frontera, como el primer versículo de un nuevo evangelio, ata nuestras voluntades y extravía nuestro criterio. Que hagan en buena hora arte por el arte los europeos si les parece que han alcanzado — blasfemia inaudita! — el sumum del progreso posible; pero nosotros los americanos que, moldeados apenas á su propia cultura, no acabamos de asimilarnos su espíritu; nosotros que después de la larga y laboriosa gestación colonial sólo llevamos un siglo de república organizada á medias; nosotros, sobre cuya cabeza pende la amenaza de la barbarie transmitida á nuestra sangre por la progenie indígena y que constituimos en todas partes una burguesía oligárquica sobre una masa analfabeta en países semidespoblados; nosotros, que tenemos que resolver, en suma, todos los problemas de los europeos y muchos más que ya para ellos han dejado de serlo, nosotros debemos abominar, por suicida, de la fórmula del «arte por el arte» y decir á todo pulmón, con voz de salud y de esperanza, «el arte por la humanidad, el arte por la vida!»

En el proceso histórico de todas ó de casi todas las naciones americanas se puede observar idéntico fenómeno: la revolución separatista que dió nacimiento á las repúblicas actuales fué hecha por elementos intelectuales, con la colaboración precisa de los elementos militares. De colaboradores pasaron éstos á ser directores, á constituir el gobierno, y no ha habido un solo país americano que no haya tenido que sufrir el despotismo del ejército. La crisis fué salvada, sin embargo, á costa de muchas lágrimas y de mucha sangre: de nuevo hubo intelectuales capaces de ir al martirio por el triunfo de un ideal positivo. Muerto á sus manos el militarismo, el caudillaje semibárbaro; pero los intelectuales, los hombres de pensamiento dejaron de ser de acción, y he aquí lo que ha pasado: la política es ahora el privilegio de doctores y licenciados ineptos y vacuos, de generalotes ignorantes,

de fantasmones aristocráticos, de especuladores y ajotistas, tipos mentales atrasados todos, para quienes las altas funciones de la cosa pública no son sino medios de ascensión y dominio personal, de conquista del poder y la riqueza... Y, mientras tanto, los intelectuales, los hombres de pensamiento, la juventud — esa predilecta de la gloria que tiene por delante el porvenir,—están en los cafés entregada á la dulce tarea de hacer el arte por el arte!...

Claro está que, como vosotros, yo soy un escéptico de la política desde el momento en que pude darme cuenta de la vieja y monótona comedia, en la que ya nadie, por lo demás, toma parte con mediana buena fe. La parte más saneada y más florida de la intelectualidad de todos los países americanos, es precisamente la que permanece más ajena á la política, y ello se explica porque á la inteligencia pura repugna instintivamente el contacto de los mercaderes de ideas, de los charlatanes de principios y doctrinas de ropa hecha, el codo—á—codo con merodeadores y prestidigitadores encaramados en el escenario de los negocios públicos. Pero yo me pregunto si habrá sido siempre así, y, si la política, en épocas en que estaba en manos de una fuerte minoría intelectual, era tan repugnante como ahora. Yo me pregunto si no somos nosotros mismos los culpables de esta situación, por haber cedido el campo arrebatado fácilmente por los hábiles á nuestra falta de voluntad y á nuestra incapacidad para la acción. Es así como la política ha venido á relajarse, á prostituirse, y á dar de uno á otro extremo de América el innoble espectáculo que viene ofreciendo; en unas partes, abriendo las puertas á los bárbaros modernos, en otras, manteniendo por propio interés pecuniario una crisis financiera inadmisibles en un país naturalmente rico, en otros dando lugar á desmembraciones del territorio nacional, en otras asistiendo á la fantástica tragedia de toda una escuadra sublevada, por un marinero y, en otras, sancionando leyes criminales como la de Defensa Social en la República Argentina, y en todas, ó en casi todas, cerrando los ojos ante la evolución de las grandes ideas que transformarían la sociedad y que nuestro pueblo, por ser más nuevo, deberá el primero asimilarse para orgullo de la América. El crak de la política es completo, total, definitivo. «La comedia é finita», el público-espectador está cansado y los comediantes—muy malos comediantes, por lo demás,—se empecinan inutilmente en permanecer en escena, luciendo caretas y disfraces de héroes, detrás de los cuales hasta los más ingenuos reconocen el gesto del truhan y del granuja. Ante semejante espectáculo, los intelectuales, á

quienes la vida y la pereza ha hecho filósofos, se cruzan de brazos, se encojen de hombros, arrugan el labio, entornan los párpados, y pasan. No tienen voluntad, son inválidos de la acción, y la vida que ellos son, los primeros en ver llena de iniquidades, seguirá desliziéndose, cada vez más llena de iniquidades, como el río hecho torrente arrastra más fango cada vez.

¡Cómo no ver que, desafectos á las grandes cuestiones, que son la natural preocupación de las multitudes organizadas, encojiéndonos de hombros ante los complejos problemas cuya solución interesa á todos, rehuyendo la lucha, desertamos del campo en que pugnan ideales y apetitos, negamos nuestra acción individual á la vasta acción común, hacemos un culto del absentismo más estéril y abdicamos por consiguiente, de nuestro derecho á ser oídos y alentados y estimulados. No puede ya el escritor seguir en su torre de marfil; y si persiste permanecer en ella, no le espera otra suerte que, la de todo recluso: la indiferencia y el olvido.

José Enrique Rodó, el poderoso pensador uruguayo, acaba de pronunciar en una entrevista celebrada con un joven escritor español, palabras definitivas acerca de la misión de la literatura en los países jóvenes. Sólo el temor de hacer demasiado extenso el presente ensayo, me priva del placer de reproducirlas aquí, para lección de todos esos excelentes muchachos que estiman de una suprema aristocracia y de una distinción muy artística «no bajar al arroyo», esto es, no intervenir con el gesto de su pensamiento y de su acción en el tumulto de los pueblos, cuyo analfabetismo les repugna. Solemne contrasentido: les repugna porque no les conviene, porque les perjudica; pero no hacen nada para combatirlo ó anularlo.

Cuando se haga el balance de la actual generación literaria de América, se dirá en su favor que hizo mucho bien con las innovaciones que introdujo en los procedimientos, con la renovación enorme que ha realizado y cuya trascendencia ya no se discute; pero se dirá también, y esto irá al debe, que hizo mucho mal por cuanto se desentendió de su misión social educadora, encerrándose durante largos años, en un egotismo infecundo y esterilizador, impropio del régimen democrático de estas sociedades nuevas y de esta época de acción múltiple é incesante. Hay dos fórmulas europeas fatales para los americanos: la paz armada y el arte por el arte! Discutiendo sobre estas mismas cosas, el joven sábio español Ortega y Gasset decía no ha mucho, que el arte no sólo «puede» sino que «debe» tener una misión social. Y así lo decía hablando para Europa, cuya civilización es modelo

de la nuestra, ¿Cómo puede el intelectual americano contentarse con rimar palabras bonitas ó fantasear con aventuras esotéricas, y exigir luego que le responda el ambiente?

Al lado de la acción literaria, y sin perjuicio de ella misma, tiene el intelectual americano,

una inmensa acción social que ejercer. Ejérzala, y verá, cómo de la cultura que él contribuya eficazmente á difundir nace al fin ese ambiente de cuya ausencia se queja y que nadie está en mejores condiciones de crear que él mismo.

Victor Domingo SILVA.

La justicia histórica

A decir de los legisladores, de los juriconsultos y de los literatos más eminentes, serios y renombrados, la «Justicia Histórica» nació para ser la morigeradora del Derecho de los pueblos, de las familias y de los individuos; para concertar los antagonismos de los intereses de clase en las complicadas armonías del orden social y para refrenar los abusos, los atropellos y las violencias del «delito».

La represión del «delito», ha hecho necesarios los rigores coercitivos de la Ley.

En consecuencia, de no existir el «delito», la Justicia histórica, no tendría razón de ser.

Como se vé, el delito es el verdadero sustentáculo en que se apoya la existencia legal de la llamada Justicia histórica; y toda la exelsa magestad que despliegan en su funcionamiento los tribunales de justicia, se sustenta, nutre y brilla á expensas del delito, por el delito y «para perseguir el delito».

Ahora bien: ¿Qué es el delito?

Según la concepción más general y corriente, delito es todo acto individual ó colectivo perpetrado contra la seguridad de «las cosas, de las personas y de las instituciones sociales».

Delito, es atentar contra la propiedad más ó menos individualizada; es oponerse «discolamente» á ser tiranizado, oprimido y vejado por los poderes gubernamentales, legislativos y jurídicos legalmente constituidos; es rebelarse contra la despótica autoridad de los felones más ó menos soberanos; en una palabra, «delito, es todo lo ilegal», todo lo que las leyes escritas prohíben y los tribunales de justicia persiguen, juzgan y penan.

Pero preciso será apresurarse á consignarlo, «no todo lo injusto, perturbador y deshonesto es reputado por las leyes como delito».

Los mayores y más estupendos delitos,—«los delitos de lesa humanidad»,—las guerras que destruyen el género humano en colosales masacres horrosos y las grandes felonías conquistadoras, que atentan contra el derecho de propiedad, del modo más bestial, indigno y solapado; esas enormísimas atrocidades sangrientas y despojadoras que, perturban el orden social aniquilando razas y destruyendo pueblos; esos crímenes y esos robos, monstruosos

que periódica y sistemáticamente organizan la rapiña y barbarie entronizadas en las altas cumbres del poder de la sociedad, «esos son hechos gloriosos, actos heroicos, efemérides engrandecedoras con que se engalana orgullosa (¡menguado orgullo!), la historia de todas las naciones de la Tierra...»

La razón legal, origen de la Justicia Histórica que mide la extensión de los actos antisociales con el severo metro de la escala de penas de sus códigos draconianos, tuvo siempre por único fundamento el tributo y la consolidación de la violencia.

La historia del «Derecho Jurídico», es un vergonzoso tejido de imposiciones tiránicas absurdas é inmorales.

El Derecho escrito, parte de la violencia y del despojo, y luego se atribuye la «augusta misión social» de evitar, perseguir y castigar los actos delictuosos de agresión y de desbalijamiento.

Es cosa que puede confirmarse con suma facilidad: en el curso de los tiempos, antaño, como hogaño, cuando el vandalismo conquistador se apodera de un pueblo tras haberlo diezmado, en las cruentas hazañas de los campos de batalla, lo despoja de todos sus derechos políticos, sociales y aún naturales; se apodera de su vida nacional y de todas sus fuentes de producción y de riqueza; destruye sus usos, sus costumbres y sus creencias, y, acto seguido, tras la brutal perpetración de tamaño atentado vandálico, realizado á mano armada, realizado contra la seguridad de las «cosas, de las personas y de las instituciones sociales», el vencedor (¡ay del vencido!...), hecho soberano por el triunfo de su barbarie y de su fuerza, impone al domeñado, los durísimos rigores de su yugo de hierro...

Se consolida el despojo. Entra, entonces, en funciones el legislador, y, ¡claro está!, legislando según conviene á los «sagrados intereses de los triunfadores», abre una nueva era en los fastos de la legalidad jurídica, «proclamando, solemne y contundentemente, la legitimidad de los nuevos soberanos», y, procurando afirmar, con una buena cantidad de leyes coercitivas, de trabas reglamentarias y

de disposiciones penales, «los derechos de la fuerza, de la coacción y del brigantaje victoriosos...»

Esta, y no otra, es la base que sirve de «asiento soberano» á la llamada Justicia Histórica en todos los grandes imperios del mundo.

La Justicia Histórica, se atribuye la excelsa misión social de evitar, perseguir y corregir los delitos, cuando es evidente, de la más irrefragable evidencia, que ella fué engendrada en las fiebres malsanas de la punibilidad guerrera, del desafuero cruento y del vandalismo despojador.

La Justicia Histórica, quiere moralizarnos, y, en realidad, nos hiere nos aniquila y nos deshonor con sus cárceles, con sus presidios,

«Hija del delito, la Justicia Histórica, es con sus cadalsos y con sus execrables vergüenzas inquisitivas el delito mismo,» pues expropia, deprime y tiraniza, y mientras ella exista, pujante y soberana, habrá en la tierra grandes y pequeños delincuentes que roben, maten, exploten, corrompan, opriman y ejecuten toda clase de actos criminosos y de bochornos inmorales.

En realidad, las leyes escritas, se han hecho para proteger á los propietarios, á los ricos, á los nobles y á los pequeños y grandes mandarines. No se hicieron, nó, para hacer justicia en la verdadera acepción de la palabra, ni jamás se organizaron y aplicaron con tal objeto.

Todo progreso, moralidad y bienestar social, moral y político, se inician y desarrollan fuera de la Ley y chocando abiertamente contra las disposiciones coercitivas de la Ley.

Y no es de extrañar que ésta acontezca, puesto que la Ley es siempre fruto del antagonismo de los intereses de clase y, como tal, tendenciosa, parcial y cohibidora.

Las leyes las hicieron en todo tiempo, los poderosos, con el exclusivo fin de explotar y dominar á los pobres.

Las leyes no se promulgan para proteger los derechos naturales y sociales de las grandes masas humanas, aunque eso sea el «gran pretexto» que se alega al promulgarlas.

Los legisladores obran siempre inspirados en el interés de clase; «son conservadores del privilegio», de los fueros de la autoridad y de la supremacía aristocrática, teocrática y plutocrática; y, naturalmente, toda su obra legislativa, sus leyes, sus reglamentos, y sus ordenanzas codificadas, adolece del defecto de la tramoya, del entredo y de la parcialidad. La epiqueya anfibológica, caprichosa y privilegiadora inspira el enorme fárrago de leyes jurídicas, civiles, castrenses y religiosas, que forman el cuerpo del «Derecho universal».

No hay más que fijarse en el espíritu de tiránica injusticia que campea en todos los códigos jurídicos del mundo, para persuadirse inmediatamente, de que han sido trabajados por la malicia dominadora y explotadora, con trama de subterfugio y con hilaza de engaño despojador.

Los ricos gobiernan el mundo á su antojo y las leyes se fabrican á su gusto, no tanto para sostener la armonía del orden social, cuanto para proteger los fueros del privilegio.

De esta manera, resulta evidente, que los tribunales, no son instrumentos de justicia, sino de opresión, y aún de inmoralidad.

Hoy por hoy, la sociedad carece de un sistema para hacer verdadera justicia. Todas sus instituciones se fundan en la parcialidad y se alimentan de la explotación del hombre por el hombre.

En vano es que busquéis justicia en los fallos de los tribunales curialescos, por que no la hallaréis. En todos ellos campea el mismo espíritu perturbador de parcialidad, de estulticia y de venganza.

Las leyes se aplican para cohibir, dominar y castigar. Nunca para desagraviar á los que sufren, ni para elevar y redimir á los caídos.

La Justicia, nuestra, admisible Justicia Histórica, es así: Le place más usar de la «espada» que de la «balanza»; tiene mayor empeño en aparecer terrorífica y anonadora, que en mostrarse longánime y enaltecedora. Quien cae bajo la acción de su aplastante peso, pocas veces consigue levantarse.—La Justicia Histórica, humilla, pero no rehabilita. Hiere á los delincuentes, los deshonor, y, en ocasiones, «hasta los martiriza»; más no posee la virtud de redimirlos ni hacer cosa alguna por convertirlos en seres útiles, morales y conscientes.

Generalmente, los malhechores, á quienes la Justicia Histórica castiga, no se corrigen nunca; continúan delinquiendo con la mayor habilidad posible y se hacen «profesionales del crimen».

Y es que la Justicia Histórica, carece en absoluto de virtualidad dignificadora. Es una justicia inhumana, que sólo piensa en cohibir, castigar y deshonor; una justicia terrorífica que nada tiene de justa, de equitativa ni de morigeradora, por cuanto, «todos sus medios de corrección», consisten en imponer castigos, en confiscar bienes de fortuna y en hundir á los delincuentes en las dolorosas miserias de la prisión carcelaria, ó en «ajusticiarlos bárbaramente», á pesar del «no matarás cristiano», en las trágicas vergüenzas del patíbulo...

El resulta, en su más viva esencia, la Justicia Histórica.

De ahí, que le sea de todo punto imposible regenerar el mundo y llevar la paz, el bienestar y la armonía al seno de las humanas sociedades...

Donato LUBEN.

Alberto Ghirardo, poeta del dolor y de la vida

Muchas veces, resulta ingrata y estéril labor, aquella de estudiar una personalidad psicológica, cuando ésta se nos presenta compleja en todas sus cambiantes inherentes, en todas sus fases, y heterogeneidades características. Un gesto cualquiera engaña nuestra observación honda y paciente, porqué tal gesto determina el mandato de una voluntad superior, que bien pudiera estar al servicio de sentimientos utilitarios y pequeños. Ya queda auspiciada por Ingenieros, toda una vasta teoría de la simulación en la lucha por la vida: «Todos los hombres son simuladores, en mayor ó menor grado, siendo esa una circunstancia indispensable para la más útil adaptación de la conducta á las condiciones del ambiente social». Pero tenemos psicologías diafanamente claras, almas que á la manera de prismas, reflejan todas sus luces en la armonía del color y su tonalidad.

Y aquí surge el poeta de «Triunfos Nuevos» con todos los legítimos prestigios de su personalidad literaria y batalladora, preconizando futuras reivindicaciones, con sus versos que llevan todos, como alas de Esperanza.

Esta vez la poesía sirve un ideal de justicia. No alienta allí el divino romanticismo de los cantos ingenuos, ni lloran en silencio las blancas princesitas enfermas de amor; ni el lago tranquilo, copia como un mágico espejo, los paisajes crepusculares de la tarde en descenso; ni lloran allí, las estrellas su luz fulgurante en las noches tibias del jardín del Ensueño.

¡Lira de hierros sonoros, que chocan y chispean tras el rojo de las supremas deses-

peraciones; lira del apóstrofe bravío que se expresa en clarinadas estentóreas sobre las muchedumbres harapientas que pasan en la sombras, sometidas y desorientadas, jadeantes bajo el mismo impulso que las arrastra hacia un fin cualquiera, como olas de un océano infinito!

El poeta sube á la montaña para mirar hacia abajo. Su ascensión es su fé, la fé inquebrantable en el devenir de los advenimientos regeneradores. No es el suyo, un sueño; es una realidad consoladora que vive, se agita, vibra y dilata en su alma hecha como de bronce de antiguos escudos guerreros. Es un amor infinito, un amor de fraternidades intercosmopólicas late en aquella su musa roja, musa que ignora de las abdicaciones claudicantes, y sabe de los estoicismos clásicos, para levantar barricadas inexpugnables á todos los avances que limitan la libertad, escarnecen la justicia, niegan el derecho á la vida, á la felicidad, al amor mismo.

Poner de tal suerte, la poesía, al servicio de un hondo y noble ideal de justicia, procurando interesar la sentimentalidad instintiva del alma popular, preparándola así, á más grandes rasgos, á fines más trascendentales, á orientaciones determinantes y definitivas del agregado social, equivale á la acción paciente y progresista del sembrador que en las cosechas futuras, pone su más ruda fatiga, en las esperanzas todas de la abundancia compensadora de los días tristes, del dolor y la miseria...

Eduardo Rickling PEREYRA.

(De «La Razón» Montevideo, Enero de 1912)

Poesía divina, quien pudiera... (1)

Poesía divina, quien pudiera
penetrar en tu arcano de armonía;
esclava desolada, el alma mía
suspira por tu inmensa primavera.

Quien pudiera, infundirse por tu cielo,
rompiendo del enigma el férreo gonce,
y en los clarines de sonoro bronce,
cantar las ¡aleluyas! del anhelo!

Sentir mi juventud, brotada en rosas,
que decoren mis parques solitarios,
mientras llegan los blancos dromedarios,
de divinas regiones misteriosas....

Que suspireá mi acento
el universo en éxtasis rendido,
para escucharme que descanse el viento
y solloce el ambiente estremecido.

Que una flor se deshoje de ternura;
que una estrella me clame que me adora;
y desde el seno de la noche oscura,
se asome blanca y palida la Aurora.

Y morir, la mirada en lo infinito,
bajo el claro cendal de la mañana,
cuando lllore hasta el monte de granito,
la viudez de mi lira iluminada!

ARTURO MARASSO ROCCA.

(1) De «Bajo los astros», libro de reciente publicación.

Campana de humanidad

(Continuación)

Tenemos que inducir por la fuerza de la lógica, sin ofender la memoria de los muertos, que el señor López de Rueda, fué á Cullera á restablecer violentamente el orden, mejor dicho, á meter en cintura á los que consideraba revoltosos, más aún á prender á los que ya había prendido anteriormente con el cierre de la Escuela Moderna. (Muy bien).

Al llegar al paso á nivel del ferrocarril con el habilitado y el alguacil, víctimas propiciatorias del Juez, dignas de todo respeto, encontraron en que unos trabajadores levantaban los rieles. Hechóse de la tartana, interrogó á los obreros y como uno, de ellos hubo de contestarle con una blasfemia, le pegó una bofetada. De suerte que en vez de convencerle, de practicar la teoría de que nadie tiene derecho á tomarse la justicia por su mano, dióle una bofetada, le detiene y le mete en la tartana.

Con el ambiente colectivo, el bofetón había de ser su ciente para determinar otras desgracias todavía más horribles de las que ocurrieron.

Sin embargo, era tal el temor, el miedo que infundía aquel hombre, encarcelador de inocentes, que los obreros fueron presos con él y llegó hasta el Ayuntamiento sin que nadie le molestara.

Se equivocó, creyendo que la bofetada podía repetirse en forma de bofetada moral á todo un pueblo. Desconocía absolutamente la psicología colectiva.

¿Había pensado alguien en matar al juez, al habilitado y al alguacil? Nadie.

Era el juez, quién retaba, quien desafiaba. Como en la guerra, no debió tolerarse esta imprudencia temeraria.

No le bastaba al juez retar y discutir, saliendo al balcón á reclamar auxilio de sus amigos, de aquellos que se habían llevado á Cullera, como si un juez pudiera tener amigos en un bando determinado.

La muchedumbre iba pasando del temor á la duda. Entonces el juez mandó que el alguacil sacara el revolver y comenzaron los disparos.

¿En ninguna batalla puede acusarse de asesino á cualquiera de los ejércitos beligerantes?

Después de la génesis del delito, hubo uno, el más resuelto, que no se sabe quien es, que hizo algo, que ante la actitud provocativa del juez, arrojóse sobre él.

Fué el momento en que los irresolutos sintieron la locura colectiva y al primer hachazo, al caer en tierra el ídolo, comenzó el exodo brutal del juez, del habilitado, y del alguacil.

Pero aún pudo el Juez salir al balcón. Entonces, por efecto natural, todo lo repugnante que se quiera, ante la justicia y ante la ley, se desató la pasión colectiva y el juez fué el tirano y la gente dijo, repuesta del temor: A él, que es como nosotros, un hombre de carne y hueso.

En la ciencia penal moderna eso está ya descontado. Todos los tratadistas admiten la categoría de los criminales de ocasión, por circunstancias ajena á su voluntad.

Se empieza á instruir el sumario en Cullera por el delito de sedición, pero precisó pronto substanciar lo referente á las muertes en pieza separada. Se sostiene que son delitos conexos. No hay ningún abogado que pueda sostenerlo, pues se trata de hechos perfectamente independientes.

Instruyen las primeras diligencias el juez y el alcalde de Cullera, conocedores de la población y no averiguan ni saben ni pueden determinar sobre quiénes recaen las responsabilidades del triple asesinato. Declaran únicamente ¡que ha sido el pueblo!

Pero ¡ved qué rara providencia acompaña siempre á determinados elementos! La ley no tolera que la guardia civil usurpe funciones de nadie... El juez de Cullera no sabía nada pero llega la guardia civil, detiene á uno y se declara autor de la muerte del juez, luego á otro que hace la misma confesión y así sucesivamente.

Como en el proceso de Hostafranchs, descansa el de Cullera sobre el fundamento deleznable de los atestados policíacos.

En Cullera nada supo la autoridad judicial, todo lo averiguó la guardia civil.

Entre los que, más ó menos, espontáneamente se declararon autores de la muerte del juez, ante la guardia civil, figura José Manent. Para éste el fiscal retira la acusación y el Consejo le absuelve.

Se desarrolla el proceso en un ambiente de amenazas de la prensa reaccionaria y se rompe el secreto del sumario, para que diga aquella que todos los procesados están convictos y confesos.

No se levanta el estado de guerra en la provincia de Valencia. Se mantiene para seguir teniendo dentro del fuero militar el conocimiento de lo de Cullera.

Surge la cuestión de las torturas. Canalejas, sorprendido, aterrado, ofrece abrir una información. Resulta de ella la prisión del señor Beltrán. Se publica una relación firmada de los que sufrieron martirios. Se mete á los firmantes en la cárcel.

Estalla una cuestión personal entre los diputados radicales y el general Echagüe. Perjudica, por tanto, á los presos.

Se nos calumnia diciendo que hemos ofendido al Ejército, acusándole de torturador. Falso, de toda falsedad, porque nadie ha dicho tal cosa.

No se trataba del ejército. Se hablaba de algunos individuos de otra cosa que no es ejército.

Pero la prensa reaccionaria, transformó la cuestión de las torturas en una cuestión del ejército.

Se niegan las torturas y se llega al plenario. En el procedimiento militar, no hay defensa posible.

Dado lo que dijeron los reaccionarios, se esperaba que en la vista salieran horrores. Y ya lo véis, no surgieron responsabilidades concretas. Sólo aparecen confesiones en los atestados de la guardia civil.

Por primera vez no se han perseguido las ideas. ¡Que diferencia entre este proceso y los de 1909! José Crespo, acusado de inductor, de «meneur» de la multitud, sólo es condenado á quince años de presidio.

En cambio se aquilatan y determinan fantásticas responsabilidades. El fiscal pide siete penas de muerte, el consejo lo acuerda seis, el auditor disiente porque no se han impuesto las siete y el capitán general disiente á su vez del auditor porque le parecen suficientes tres penas de muerte.

Ya sé que este informe no tiene ningún valor legal, pero sí moral. ¡Cómo que se juega con la vida de los ciudadanos como si fueran trestos! (Ovación delirante.)

No parece sino que la función judicial sea cubicar la sangre que se ha de verter. (Aplausos).

Es tremendo, es horrible y macabro esto. La vida humana requiere más garantía y más respeto.

No puede hablarse á estas horas de la ejemplaridad de la pena, que sólo se proclama en países salvajes.

Cuando del «Numancia» se habló de seis fusilamientos, y Canalejas como concediéndonos, algo, dijo. Sólo ha habido uno.

Nosotros no trabajamos por Fulano ni por Zutano. Es por conciencia.

Hasta enero no se verá la causa en el Consejo Supremo de Guerra y Marina.

De toda España llegan á Madrid voces de piedad.

La conciencia social de Barcelona se ha conmovido y no amenaza sino que pide.

En este sentido iremos á la campaña hasta obtener que desaparezca la afrentosa pena que no redime, y que es irreparable. Pensad que puede ahorcarse á los seis ó á uno de los condenados de Cullera y más tarde al serenarse las pasiones pueden llegar á descubrirse que el primero que dió el hachazo no fué el ahorcado. (Sensación)..

Si no existieran otros antecedentes contra la pena de muerte bastaría su irreparabilidad para abrogarla.

La ejemplaridad no existe, sobre todo en los delitos colectivos, donde concurren circunstancias que son obra del Estado.

Los reaccionarios, llegan en su abominación, en su afán de sangre, á bañarse en el nuevo Jordán de sangre de Cullera, poniendo una barrera de bayonetas que la ley no permite.

Exaltar al verdugo los mismos que abominan de nosotros, calificándonos de cómplices, de asesinos. ¡Y Maura, que por intervención de su hijo indultó á los feroces criminales de Cetina!

Si somos cómplices de desórdenes públicos, él lo será de miserables asesinos.

“EL BALCON DE LA VIDA”

UN VOLUMEN EN PROSA DE 250 PAGINAS

POR JOSÉ DE MATURANA ACABA DE APARECER



PEDIDOS POR MAYOR A LA CASA EDITORA
IMPRENTA “ATHENAS”: SARMIENTO 825 - BUENOS AIRES

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
PRECIO UN PESO



OBRAS DE ALBERTO GHIRALDO

De venta en la Administración de IDEAS Y FIGURAS

TRIUNFOS NUEVOS — (Versos) Un volumen de 208 páginas \$ 1.00 m/n.

GESTA — (Prosa) Un volumen de 260 pág. \$ 1.00 m/n.

ALMA GAUCHA — (Drama en tres actos) \$ 0.50 m/n.

ALAS — (Comedia en un acto) \$ 0.50 m/n.

Se atienden pedidos por correo, en la Administración de IDEAS y FIGURAS

Calle Sarmiento 2021, Buenos Aires. Libres de porte.

BIBLIOTECA DOMENECH

Convencidos de aumentar la obra de cultura iniciada por IDEAS Y FIGURAS, hemos aceptado la representación en la Argentina de la Biblioteca Domenech de Barcelona, una de las que más cuidan la calidad de las producciones que ponen en circulación y que mejor las presentan tipográficamente.

- Lema: instruir deleitando -

Comenzamos nuestra tarea en tal sentido, ofreciendo a nuestros lectores la fuerte, sugestiva y encantadora narración:

Zalacain el Aventurero

del autor Pio Baroja, cuyo sólo nombre hace innecesario todo elogio. Baroja es una de las más completas y orijinales figuras literarias de la España actual.

Un volumen de 288 páginas, lujosa y artísticamente encuadernado en tela al ínfimo precio de \$ 1.— m/n; y

REBELDIA

otro hermoso volumen en el que el popular Joaquín Dicenta ha puesto lo mejor de su gran alma de artista y de combatiente.

Dadas las condiciones de su presentación, es esta la biblioteca más barata de cuantas hoy abastecen el mercado literario del mundo.

Los pedidos por correo acompañados de su importe se atenderán, libres de porte, para la capital y provincias, en la Administración de IDEAS Y FIGURAS: Sarmiento 2021, Buenos Aires. — Descuento a los libreros y agentes de la Revista.